



almuerzo con neruda, recordando

Por Poli Délano

Alrededor de la generosa y siempre cordial mesa de Raúl Estrada y Leticia Vigil, chocamos copa con copa. El motivo es saludar al novelista argentino Bernardo Kordon, viejo amigo, quien ha venido con Marina, su compañera, a la Feria del Libro. Los conmensales: Agata Dilgo, Silvia Soto, Alfonso Calderón, Fernando Alegria y Antonio Avaria. De pronto, entre anécdotas y recuerdos de toda índole, el tema se lo toma y acapara Neruda, que va pasando de un cuento a otro como el "cone el anillo", mientras el almuerzo entera empieza a poblarse de subplots historias que saltan el tiempo de un año a otra década, y la geografía de un continente a otro comensal, y se vuelven a fijar en risas, evocaciones y nostalgias. Todos tienen algo sabroso que decir, algo que de seguro los demás no conocían: que la casa con sorpresa en La Manque (Normandía), con eso y cavar recién traídos de Moscú, que la sonriente de Nicolás Guillén cuando sugiere el nombre de Confieso que he bebido, en lugar del que iba a las Memorias, y las preocupaciones de Rafael Alberti, porque la bruma se la han achacado a él; que las acusaciones de bigamia cuando el tristemente célebre González Videla -"pequeño vampiro, vil y encamizado"- hizo traer a Maruca, la primera esposa de Neruda, para detener un escándalo; que las veladas en Madrid, en "Casa de las flores", con Facundo, Miguel Hernández, Manuel Alcazarguque, el "Cabo Verde para la poesía", o las divertidas bromas a costa del carácter distraído de la Homérgula en los pueblos de México. Las anécdotas van y vienen, suben y bajan, y resulta, entonces, que Neruda está muy sumamente vivo en esa mesa, vibra, rie, disfruta los sabores, brinda, pisa con humor y mortadidad, pide que le reciten poemas curtos para esquecer su colocación, cuenta chistes y asegura que entre todos los escritores políticos que lo apasionan, James Hadley Chase es el más genial armador de argumentos. Los recuerdos se aglomeran, y en una de esas plenas que tengo que escribir esta nota cerrada en las Memorias y pienso en aquellas memorias donde se han fijado la infancia lluviosa de la Araucanía y los

ojos de la Guillermina y la temura de la mamadre, y los incursiones curiosos y apasionados de un joven provinciano que llega a la ciudad, donde no tarda en descubrir la verdadera bohemia y la gran amistad, y las navegaciones de esas zonas tan remotas del mundo, donde la soledad y el aislamiento le van metizando la pluma, y el dolor de España, de una guerra que comienza para Neruda con el asesinato de un poeta, la sangre por las calles, que ponen violento fin a una época creativa de alegres tentativas poéticas, músicos, penseros, disfrutan de la vida, gritan y rien hasta el día, de el canto nerudiano emprenden rutas más claras para alcanzar los oídos de todos, e de los más: los recordos por "las altas costas acantiladas" de México y las expediciones al centro del color de los grandes pintores que se han propuesto no dejar un solo muro libre de historia. Puedo recordar a Pablo registrando en la vieja Lagunita el precio de un naufragio o acariciando sensualmente un viejo mapamundi, o decidiendo si se compra o no un cingulo embalsamado; puedo venir chorreando sangre cuando en Cuernavaca le partieron la cabeza unos alemanes nacistas, deprimidos por los reveses que sus tropas sufrían en Stalingrado; puedo retener el brillo que se le escapa de los ojos ante la posibilidad de un capbrito al horno. Y todo esto pasa como una película, entre anécdotas y anécdotas, durante un almuerzo. Entonces se me ocurre que lo que estamos haciendo son también las Memorias de Neruda, que es el quien cuenta a través de nosotros muchas cosas que se le escaparon a su recuerdo cuando tomó la pluma para emprender el largo viaje de Confieso que he vivido. Las parpadas, los viajes y trotes por el mundo, la amistad de tantos escritores de aquí y allá que compartieron años de aventuras y de afecto: Rubén Aldao, Tomás Lago, Luis Enrique Dólano, Francisco Colomane, José Revueillas, y Juan de la Cabada. Y cuando releo Confieso que he vivido y no los encuentro por ninguna página, no están, me permito suponer que las memorias de Neruda las estamos haciendo, también, entre muchos cada día, contando, recordando, transmitiendo, grabando y también escribiendo notas como ésta.



Pablo Neruda, a los dos años de edad. Temuco, 1909



Comenzaré por decir, sobre los días y años de mi infancia, que mi único personaje inolvidable fue la lluvia. La gran lluvia austral que cae como una catarata del Polo, desde los picos del Cabo de Hornos hasta la frontera. En esta frontera, o Far West de mi patria, nació a la vida, a la tierra, a la poesía y a la lluvia.

Por mucho que he caminado me parece que se he perdido este año de lover que se ejerce como un poder temible y sutil en mi Araucanía natal. Llovía meses enteros, años enteros. La lluvia caía en hilos como largas aguas de vidrio que se rompían en los techos, o llegaban en días transparentes contra las ventanas, y cada casa era una nave que silenciosamente llegaba a puerto en aquel océano de invierno.

Esta lluvia fría del sur de América no tiene las rachas impulsivas de la lluvia caliente que cae como un látigo y pasa dejando el cielo azul. Por el contrario, la lluvia austral tienen paciencia y continúa, sin término, cayendo desde el cielo gris.

Frente a mi casa, la calle se convirtió en un inmenso mar de todo, a través de la lluvia veo por la ventana que una camiseta se ha empantanado en medio de la calle. Un campesino, con manta de castilla negra, hostiga a los buyes que no pueden más entre la lluvia y el barro. Por las veredas, pisando en una piedra y en otra, contra frío y lluvia, andábamos hacia el colegio. Los paraguas se los llevaba el viento. Los impermeables eran caros, los guantes no me gustaban, los zapatos se empapaban. Siempre recordaré los calcetines mojados junto al brasero y muchos

zapatos echando vapor, como pequeñas locomotoras. Luego venían las inundaciones, que se llevaban las poblaciones donde vivía la gente más pobre, junto al río. También la tierra se sacudía, temblorosa. Otras veces, en la cordillera asomaba un penacho de luz temblor: el volcán Llama despertaba. Temuco es una ciudad pionera, de esas ciudades sin pasado, pero con temerarias. Como los indios no sabían leer, las temerarias asomaban sus notaciones entremetidas en las calles, un inmenso sembrado, una olla gigantesca, un candado (código), una cuchara anticuada. Más allá, las zapaterías, una nota ociosa.

Si Temuco era la avanzada de la vida chilena en los territorios del sur de Chile, esto significaba una larga historia de sangre.

Mis padres llegaron de Parral, donde yo nací. Allí, en el centro de Chile, crecen las viñas y abunda el vino. Sin que yo lo recuerde, sin saber que la miel con mis ojos, muró mi madre doña Rosa Blacioalto. Yo nací el 12 de julio de 1904 y, un mes después, en agosto, agotada por la tuberculosis, mi madre ya lo estaba.

La vida era dura para los pequeños agricultores del centro del país. Mi abuelo, don José Ángel Reyes, tenía poca tierra y muchos hijos. Los nombres de mis tios me parecían nombres de príncipes de reinos lejanos. Se llamaban Arnón, Osvaldo, José, Abelardo. Mi padre se llamaba simplemente José del Carmen. Salí muy joven de las tierras paternales y trabajé de obrero en los diques del puerto de Talcahuano, terminando como ferroviario en Temuco.

DOMENGO 18 DE DICIEMBRE 1988
Director: Alberto Garbosa
Editor: Isabel Avaria
Diseño: Carlos Urra y
Romana Lago

AUTORÍA

Délano, Poli, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Almuerzo con Neruda, recordando [artículo] Poli Délano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile